



Mariana



Y el Jardín de los Espejos



**La luz fluía con una suavidad especial esa tarde
entre las sendas del Campamento Mapache.**



Mariana se sentía cada vez más apta para maniobrar con su bicicleta de montaña entre pinos y encinos, más allá de la Presa de San Carlos en el Rancho Santa Elena.

El aprendizaje para dominar la bici no había sido fácil. Así daban testimonio sus varios raspones y cicatrices en brazos y piernas. Pero nuestra Mariana era -como en todo lo que se proponía- una chica persistente, que se sobreponía a los retos para conquistar sus sueños. Y montar su bici para descubrir nuevas rutas, era uno de ellos.

Atraída por el canto de unas ranitas cerca del estanque de Las Vigas, Mariana desmontó y caminó silenciosamente entre la maleza y las abundantes frondas de árboles y arbustos bajos. Unos metros abajo se observaba un pequeñito claro en el bosque. Avanzó con sigilo, y entre el follaje observó sonriente un hermosísimo y diminuto campo. Sin resistirse más, dio unos pasos para entrar de lleno a un espacio único y ahí, sus sentidos se abrieron de par en par.





Se trataba de un pequeño prado de húmedo verdor, acolchonado por un sinfín de variedades de musgo. Sobre él crecían cientos de flores, que aunque Mariana no conocía, le recordaban los colores y texturas que desde muy pequeña - de la mano de Papá- buscaba en todas sus caminatas de exploración. Se recordaba a sí misma de tres y cuatro años, sosteniendo una canastita de mimbre, siempre lista para coleccionar sus nuevos descubrimientos floridos. Y así, un tanto envuelta por la tierna nostalgia de los recuerdos de su

primera infancia, Mariana levantó el rostro para caer en cuenta que, entre las ramas de los encinos que abrazaban el claro, se formaban delgadísimos espejos de agua en los cuales se podía reflejar. Los delicados halos de luz fluían a borbotones entre el follaje, creando un marco dorado a cada espejo. Pero lo más asombroso de todo era que su reflejo parecía distinto en cada espejo. Sí, se observaba como en un abanico de etapas de vida. Mientras en algunos de ellos, veía escenas de una niña de carita achocolatada, en otras se observaba a los



diez, a los quince, a los treinta años; y así, en una secuencia vertiginosa de edades adultas, hasta reconocerse a sí misma, como una alegre y bondadosa abuelita. Era como si ese mágico claro del bosque tuviera las llaves de cada uno de los capítulos de su vida, a través de gotas de agua extendidas, que en un interminable ciclo formaban espejos para después reventarse y recrearse una vez más con una nueva serie de imágenes de sus años por vivir. Y en todos y cada uno de esos espejos, Mariana se dio cuenta que no estaba sola.

Intuyó en ellos la presencia de Papá acompañándola, guiándola cuando así lo quisiera ella. Tal y como tomaba la manita de aquella pequeña coleccionista de flores de campo, Papá continuaba sosteniéndola en toda y cada una de las edades de su vida. Incluso en aquella imagen de viejita, ya cerca de dar un siguiente paso en los peldaños de la existencia, nuestra Mariana observó a Papá Brócoli, abrazándola con el inmenso amor que siempre tendría para su pequeñita Mariana Zanahoria.



Al salir del claro del bosque esa inolvidable tarde, con una que otra lagrimita resbalando por sus mejillas, Mariana sonrió sabiendo que, si bien esto de crecer no era tarea fácil, la gente que tanto la quería -entre ellos Papá- estarían ahí, acompañándola y dándole ánimos para cruzar los umbrales que a lo largo de su vida tendría que superar, para conseguir con ello las respuestas que, solo ella misma se podría dar para alcanzar sus sueños. Y con un halito de luz iluminando su linda sonrisa, nuestra Mariana montó su bici blanca y regresó a su muy querido Campamento Mapache.



Porque a través de nuestros espejos
fantásticos, tu corazón y el mío
permanecerán unidos por toda tu
vida, te dejo aquí, el más apretadito
y largo de mis abrazos, en tu primer
cumpleaños de dos dígitos.

¡Felices diez, mi Mariana hermosa!

Papá

Enero 8 de 2018.

